

Cuento # 25

“Federiquillo, el Mentirosillo”



Federico era un hermoso niño; pero toda la gente de la aldea lo llamaba Federiquillo, el mentirosillo.

Cuando por la noche veía volar un murciélago, gritaba escandalizado:

–¡He visto volar un dragón en persona! –



Y, cuando después de jugar un buen rato en el jardín de su abuela, afirmaba –grave y firmemente – que había arrancado, durante horas enteras, las peores malezas de la tierra. –Federiquillo, ¡di la verdad!
–lo reprendía su madre y, a su vez, Federiquillo gritaba indignado: –
¡Mamá, esta es le pura verdad!

Es y seguirá siendo Federiquillo, el mentirosillo –decía enojado su padre; y recurría de vez en cuando al severo castigo.

Un día, apareció hecho trizas el tazón preferido del padre: –Federiquillo, ¿qué has hecho? –gritó su madre. –Nada –mintió el niño. Estaba en la cocina cuando vi cómo la mesa empezaba a moverse. Todos los tazones saltaron y el de papá, más alto que ninguno.



De pronto empezó a dar círculos, resbaló, cayó y se rompió. ¡Lo he visto con mis propios ojos! –¡Mientes! Y lo más triste es que tú mismo crees tus mentiras.

¡Ojalá se te erizaran los cabellos cuando no digas la verdad! –¡Yo no miento nunca! –gritó Federiquillo, y se puso a patalear.

Entonces, sintió sobre su cabeza un raro cosquilleo; y percibió un rumor en sus oídos, como cuando el gato ronronea. Se llevó las manos a los cabellos. ¡Se habían erizado! Obstinado, se dirigió al cuarto de su madre, cogió las tijeras y quiso cortarse los cabellos. Pero no pudo: eran tan fuertes como alambres. –¡Madre, yo he sido quien ha roto el tazón! –gritó horrorizado.

Al momento, se normalizaron sus cabellos y se le alisaron en suaves rizos, recuperando su belleza. Y así sucedió desde entonces: si mentía, se le erizaban los cabellos ferozmente. Y cuando después decía la verdad, volvían a la normalidad.



Pero si esto sucedía en la escuela, tenía el inconveniente de que se burlaba de él toda la clase, puesto que le gritaban: –¡Federiquillo, el mentirosillo! ¡Federiquillo, el mentirosillo! Gracias a ello, Federico perdió la costumbre de mentir. Y sus padres se sintieron felices. Su madre le

regaló un libro de cuentos; y su padre, una ejemplar historia de ladrones.



Esta dio mucho que pensar al niño. Los ladrones de la historia negaban cuanto se les antojaba. Pero, al final, recibían muy severos castigos; y después ya no podían decir ninguna palabra más.

Fin

TuChupo.com

Compra y recibe sin salir de casa!